

LA IGLESIA CATOLICA SE JUEGA HOY SU FUTURO EN VENEZUELA

La empresa de opinión pública DOXA sacó en abril un volumen de tablas estadísticas, correspondientes a la edición venezolana de un Estudio Mundial de Valores 1995-1996, que coordina el Profesor Inglehart de la Universidad de Michigan y que patrocinan en Venezuela la Fundación Polar, LUZ y USB. Aunque por estar concebida para otras sociedades omite cuestiones muy significativas para la nuestra e incluye otras poco relevantes, y aunque la formulación de una serie de preguntas esté un tanto sesgada y merme el valor de las respuestas, todavía la encuesta contiene suficientes elementos de interés como para que resulte provechoso presentarla y comentarla. En este artículo ofrecemos un resumen de los resultados respecto al área religiosa (ver recuadro) y haremos algunos comentarios.

PENSAMOS BIEN DE DIOS (AUNQUE NO SIEMPRE ACTUAMOS EN CONSECUENCIA)

Un primer aspecto a tener en cuenta es la connaturalidad del dato Dios en el horizonte del venezolano y el carácter eminentemente no opresor sino positivo de esa presencia. Dios no aparece como el Patriarca omnipresente de una sociedad patriarcal: el que impone todas las normas, vela estrechamente por su cumplimiento, y premia o castiga con justicia según la actuación. La gente no se siente vigilada ni presionada por Dios. Más aún, Dios no aparece como una instancia objetiva, exterior a uno, como alguien imparcial, y menos aún como ajeno. En él se encuentra consuelo y fortaleza. El es una Madre y un Padre ("Papadíos"); todo lo grande que sea, pero que le acepta a uno absolutamente. La gente cree realmente que Dios es Enteramente Bueno. Por eso, en esta situación tan apretada, Dios es un ámbito de seguridad, de energía positiva, de sentido, de paz.

Me parece importante subrayar que, si se encuentra fortaleza y consuelo en ese Dios, es porque realmente es Bueno y ese amor suyo se expresa como energía de vida. El descarte de una concepción impersonal, y por tanto amoral de Dios, por ejemplo como Infinita Energía Positiva, queda asegurado porque el 92% cree en el pecado. Así, pues, la gente se siente religada personalmente a él y responsable ante él. El, por tanto, es un ser personal, que tiene designios muy concretos, pero que por encima de ellos es completamente Bueno. Esta religación personal queda refrendada por la creencia en el cielo: el lugar para estar con él participando de su vida en completa felicidad. Esto no significa que no haya mucha gente que crea en la existencia de energías positivas y negativas, a las que hay que exponerse o de las que hay que precaverse. Pero para la mayoría Dios es otra cosa: un ser personal.

Esta percepción de Dios puede originar dos tipos de comportamiento: Uno, aprovecharse del Viejo (como no raramente se hace con los papás), en el senti-

do de recurrir a él en caso de necesidad, pero sin una verdadera lealtad. Se le lleva algún regalito (no tanto para ablandarlo cuanto para no verse uno tan mal ante él con las manos vacías y viniendo de tanto olvido) y se le pide el favor sabiendo que el Viejo es bueno y no va a decir que no. A uno le da cosa la propia actitud, y por eso le dice algunas palabras que le salen del corazón; pero, en cuanto pasa el apuro, se olvida.

El otro comportamiento es vivir en confianza en presencia de él, contando con él para todo, hablándole siempre, comentándole lo que va pasando, llorando ante él las desgracias, peleándose a veces con él, consultándole las decisiones. Viviendo como un verdadero hijo, en esta inmediatez, que no está exenta de duros silencios, de pruebas, de vaivenes; pero que da lugar a esas existencias tan vivas, tan abiertas a la realidad, tan sencillas y tan humanas que conocemos, sobre todo entre la gente popular.

Además de dos tipos extremos de comportamiento, podemos considerar a estas actitudes polares como dos coordenadas entre las que se mueven gran parte de los creyentes del país.

UNA AFILIACION A SU MODO (AUNQUE NO TAN LAXA COMO PARECE)

Llama también la atención la tranquila identidad católica y la pertenencia no conflictiva a la Iglesia. No se siente que ser católico exija un rígido encuadramiento. Su percepción de la Iglesia y su vinculación a ella no tiene nada que ver con la pertenencia a otras instituciones como las Fuerzas Armadas o el mundo de la empresa. Por eso el venezolano piensa que tiene más relación con la institución eclesial que la que realmente tiene. No responde a la realidad el que la mitad vayan a los servicios religiosos al menos una vez al mes, sin contar las misas de difuntos, bodas y bautizos. Como no siente que tiene obligación pautada sino que va cuando le sale de dentro, cree que va más veces de las que realmente va.

Existe la idea preestablecida de que la

Pedro Trigo

ALGUNOS DATOS SIGNIFICATIVOS

CREENCIAS RELIGIOSAS

El 99% de los venezolanos afirman creer en Dios. Para un 77% Dios es muy importante en su vida. Ahora bien, el porcentaje de los que se definen como personas religiosas se sitúa en un 84%. El 13% se dicen no religiosas y el 1% ateos convencidos. Al clasificar una serie de aspectos de muy importantes a nada importantes, la religión se sitúa como el tercero de los muy importantes con un 61%, después de la familia (98%) y el trabajo (94%). Un 84% afirma encontrar consuelo y fortaleza en la religión. Respecto de las creencias religiosas, un 92% cree en el pecado, un 84% en el alma, un 55% en el diablo. Sólo un 52% cree que hay vida después de la muerte, y consiguientemente sólo un 51% cree en el infierno; pero sin embargo un 86% sí cree en el cielo.

GRADO DE PERTENENCIA ECLESIAL

Un 89% dice pertenecer a la Iglesia católica, un 7% se considera protestante o evangélico y un 1% estaría en otra denominación religiosa. Pero al preguntar por las organizaciones voluntarias de las que se es miembro, sólo un 45% afirma ser miembro de Iglesias y organizaciones religiosas equivalentes, y de ellos el 24% se consideran miembros no activos. Sin embargo, a pesar de esta baja afiliación religiosa, ella es con mucho la más alta de las afiliaciones.

Las Iglesias (y en nuestro caso la católica) es la organización que más grado de confianza ofrece a los venezolanos: un 50%, sobre el 30% de las Fuerzas Armadas o el 27% de la prensa.

El grado de asistencia a los servicios religiosos, además de matrimonios, entierros y bautizos, es el siguiente: El 22% sólo asiste en festividades especiales, el 21% una vez a la semana, el 18% una vez al mes, el 14% prácticamente nunca, el 10% más de una vez a la semana. Así que la mitad va al menos una vez al mes.

TRASMISION DE LA FE

Al 85% le dieron en su casa formación religiosa. Pero, a la hora de especificar las cualidades que hay que inculcar en el hogar, sólo un 43% menciona la fe religiosa, aunque a los niños sí se piensa que, después de obedecer (50%), lo segundo más importante que hay que enseñarles es la fe religiosa (25%), aunque el porcentaje sea pequeño.

COMPORTAMIENTO

De buenas a primeras parecería que son más quienes piensan que el bien y el mal dependen de las circunstancias más bien que de normas absolutas (45% frente a 35%); pero sin embargo, consultados en concreto, sí afirman criterios muy precisos: Nunca se justifica aprovecharse económicamente del gobierno (68%) ni cobrar comisiones (66%) ni hacer trampa en el impuesto sobre la renta (70%) ni colearse en el transporte público (71%). También se piensa que nunca se justifica el suicidio (82%) ni el aborto (68%) ni la homosexualidad (70%) ni la prostitución (67%) ni la eutanasia (65%), incluso algo tan antiguo y difundido en el país como el divorcio (35% sobre el 21% que lo justifica y el 12% que está en el medio).

Iglesia tiene poco que ver con el comportamiento de los venezolanos. No lo creo así, y pienso que la encuesta me da la razón. Muchas de las valoraciones a las que hemos aludido están en parte acunadas por ella. No al modo disciplinar. Es muy llamativo al respecto que en la región andina, en la que habitualmente la institución eclesial ha tendido a imponerse y practicar un rígido control social, se echa de ver una reacción frente a muchos aspectos. En esta encuesta es perceptible el mayor encuadramiento institucional y el gran prestigio que mantiene la institución eclesial, pero también más relativismo moral, menor índice de creencias religiosas y menos transmisión hogareña. El influjo se da cuando se trata de una propuesta religiosa que va siendo interiorizada, no cuando es una pauta disciplinar impuesta por personas a las que se siente con poder.

UNA RENOVACION NECESARIA QUE PUEDE OCASIONAR UN DESENCUENTRO

Una constatación que lleva a reflexionar es la de por qué, si el 85% reconoce haber recibido en casa formación religiosa, no sigue transmitiéndola a sus hijos, ya que sólo el 43% piensa que hay que inculcarla. Este dato se complementa con otro aparentemente paradójico: ¿por qué, si la institución eclesial goza de tan elevada confiabilidad, son tan pocos quienes se consideran miembros activos suyos?

Sobre este último punto habría que considerar la retirada a lo privado, y consiguientemente la baja afiliación y la pérdida de la solidaridad, perceptibles a lo largo de la encuesta.

La relación entre la brecha en la transmisión religiosa familiar y la escasa participación activa en una Iglesia a la que se admira creo que está en que, habiendo cambiado tanto la Iglesia a raíz del concilio Vaticano II, las personas que no han estado involucradas en este largo proceso de cambios o que no están dispuestas a procesar personalmente estos cambios (cosa que requiere un interés muy consi-

derable) se sienten desfasadas. Cada vez que toman contacto con la institución eclesial hacen la experiencia de que las cosas siguen cambiando. Pero no es fácil en un contacto ocasional captar el sentido de la transformación (eso en el caso de que la presentación de lo nuevo sea congruente y no rutinaria).

Lo que tienen asimilado tradicionalmente les basta más o menos para ir viendo ellos; pero de ningún modo para razonarlo y transmitirlo. Antes, lo que se tenía se reafirmaba en cualquier contacto institucional o con otra persona religiosa, porque el campo religioso era tradicional y homogéneo; ahora, más bien es motivo de cuestionamiento de lo que uno tiene puesto. Por eso uno se calla y se limita a vivirlo como Dios le da a entender. Pero ya como algo ancestral, es decir, como una moneda que está fuera de circulación.

La institución eclesial es admirada porque es la única macroinstitución que no se ha feudalizado, que más bien se ha descorporativizado, que se va abriendo al servicio de todos, que ha tenido palabras oportunas y creíbles, y que se la siente como una institución pública, aunque sin poder de coacción ni deseo de tenerlo, es decir, nada que tenga que ver con la política. Además es hoy la única que ha sacado la cara por el pueblo y está, bien que mal, cerca de él. Todo esto se convierte en fuente de prestigio. Y, al sentirse uno católico, de identificación con la institución.

Pero todo esto es al nivel de la vida, no al nivel estricto de su servicio específico. Es cierto que el servicio a la vida es una tarea cristiana. Nadie lo duda. Y por eso nadie dice (fuera de algunos que sienten tocados sus intereses) que la Iglesia se mete donde no debe. Pero ¿qué pasa

mientras tanto con el área de la pastoral, en el sentido restringido de anuncio del evangelio, de la formación cristiana, de los sacramentos... de lo religioso en fin? No vamos a negar que en este campo no haya habido ningún avance. Sí se han dado transformaciones. Existen aquí y allá parroquias modelo; y sobre todo en áreas suburbanas no escasean las experiencias pastorales convincentemente renovadas (en las que a la larga florecen muchas iniciativas solidarias, pero llevadas por las comunidades cristianas como expresión de la fraternidad de los hijos de Dios). Pero hay que reconocer que el grueso de la institución cambió para no cambiar. Cambiaron materiales de catequesis y de celebración, cambiaron algunas formas; pero en muchas ocasiones no cambió el espíritu y todo se mueve dentro de la normalidad que bordea la rutina.

La novedad conciliar es la comunidad cristiana; y hay que reconocer que ésta no existe ni está en proceso de constitución en la mayoría de las parroquias. Más aún, nos tememos que esté viniendo una oleada de agentes pastorales que se sienten ellos en persona la Iglesia y que relegan a los laicos al simple papel de receptores de los servicios religiosos que ellos administran.

No sólo eso. Las comunidades cristianas que existen en el país raramente son comunidades misioneras. Y tampoco lo es como conjunto la Iglesia venezolana como tal. En estas condiciones, la mayoría de los venezolanos que se sienten cristianos captan que no dominan los nuevos códigos y no se sienten motivados a hacerse cargo de ellos. Presienten que ello les exigiría demasiado esfuerzo, y además nadie los invita a ello. No se les da la oportunidad de iniciarse a este proceso de implicación personal, de renovación, de conversión y de compromiso.

El concilio Vaticano II coloca a la Iglesia en una situación inestable. Ignorar el Concilio y mantenerse en lo de antes o volver a ello es la muerte de Espíritu, el vaciamiento del cristianismo. Pero la recepción del Concilio exige un esfuerzo

de movilización de dimensiones históricas. Con la particularidad de que el sujeto de este esfuerzo no puede ser sólo ni principalmente la clerecía, sino que sus protagonistas han de ser ante todo los laicos. Así lo vio sagazmente el episcopado latinoamericano reunido en Santo Domingo en 1992. Si nos quedamos a medio camino, la gente desaguará su religiosidad por otros cauces. Y no se trata, insisto, de operativos, ni de una presencia por arriba. Es indispensable un contacto de base. Y eso no sólo no lo acepta la institución eclesiástica, sino que ni siquiera se lo plantea realmente, más allá de las declaraciones de rigor.

De este modo coincide que hoy la gente tiene una experiencia muy positiva de la institución eclesiástica en el ámbito de lo social, de algún modo supletorio, y experiencias más bien negativas o ausencia de experiencias significativas en el ámbito específico religioso. Lo malo es que el éxito de esa suplencia puede llevar a no pocos jerarcas y agentes pastorales a dedicarse a esa área, marginalizando la de la evangelización (es decir, reduciéndola a mera sacramentalización), ya que los recursos humanos son realmente exiguos. Creo que a la larga la suplencia es negativa para el cuerpo social. Y que el relegamiento de la evangelización priva a la gente de una tremenda fuerza dinamizadora, necesarísima en esa coyuntura tan decisiva, y es suicida para la propia institución eclesiástica.

UN ASUNTO PERSONAL

Un último aspecto que quisiera destacar es que la relación con Dios y la vivencia religiosa son asumidas como un asunto del sujeto, del individuo, personal. Se reciben insumos de la familia, del ambiente y de la institución eclesiástica, se comparte con otros; pero en último término lo religioso es sentido como un asunto de responsabilidad individual. Esa sería, pienso, una de las razones por las que se observa una cierta inhibición respecto del tema en el ámbito familiar.

Es obvio que esta manera de vivir lo religioso puede degenerar en subjetivis-

mo, individualismo y relativismo. Y de hecho así sucede no raras veces. Pero eso no autoriza a desechar este camino. Tenemos que aceptar que este es el talante propio del país, que, como cualquier otro, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Pero es nuestro camino. Que debe ser recorrido con autenticidad, de modo que las experiencias positivas vayan dando lugar a una religión cada vez más personal con Dios y con Jesús. Hay que acompañar esos procesos desde la libertad, de manera que la persona aprenda a distinguir en su interior la voz de Dios y encuentre también su modo personal de responderle y su lugar propio dentro de la comunidad.

Si se sustituye este acompañamiento interno por actitudes disciplinares desde una lógica meramente institucional, la gente se inhibe y se va a buscar otro camino o se queda sin hacer ninguno, escandalizada y corrida por esa actitud intempestiva. Un cristianismo conductual, atenido a normativas abstractas y a un desempeño en base a papeles, no tiene futuro en el país, además de ser una traición al Espíritu. Los agentes pastorales no son los dueños de la Iglesia sino los animadores de la comunidad cristiana. Si no se acepta ese talante religioso como algo de Dios (lo que de ningún modo significa aprobarlo todo, cosa que nadie pide ni en el fondo desea), no tiene futuro entre nosotros la Iglesia Católica. Insisto en que esa aceptación de ningún modo equivale a validar un cristianismo solipsista y caprichoso. La autenticidad sólo se realiza en referencia a Dios y a comunidades vivientes y a una exigente solidaridad. Pero, a su vez, la religación y la solidaridad nada tienen de heteronomía ni de espíritu de cuerpo sino que se dan desde dentro, para ser uno fiel a lo mejor de sí mismo, y por eso al modo de cada quien, porque (como insiste Pablo) a cada uno se le da el Espíritu según su idiosincrasia y según le parece también al propio Espíritu (1Cor 12,11). □

Pedro Trigo es miembro del Centro Gumilla.